



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11804

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 14 DE MARZO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MUCHO OJO!

Tenemos procesiones.

Esto es ya tener algo; mas no nos deja satisfechos.

Los Californios acordaron su hermosa procesion del miércoles, y aunque al principio trabajaban con cierta desgana, se han rehecho y trabajan ahora con gran entusiasmo.

Los de enfrente también se han decidido. En veinticuatro horas pasaron del colmo de la quietud al de la diligencia y sintiendo correr por sus venas la sangre *marraja*, que les llevó en tiempos no remotos a la realización de actos de verdadero mérito, echaron la *marcha* á la calle, para manifestar públicamente al vecindario que son los de siempre.

Tenemos las dos Cofradías en campaña, pero no tenemos más que dos procesiones. Los *Marrajos* no hacen más que una; la de la mañana no se dara á luz sino disponen otra cosa los interesados en echar la á la calle.

De ellos depende que esa procesion se verifique; para hacerla no hace falta otra cosa que dinero; mas si éste se reúne en la cuantía necesaria y se ofrece a la Junta, no creemos que ésta sea tan intransigente que no esté dispuesta á volver de su acuerdo.

Realmente no lo hay; nadie dijo en la sesión celebrada el domingo que no se hiciera la procesion de la mañana; se habló solo de la procesion del *Entierro* y se acordó hacerla. De modo que si no hay acuerdo afirmativo, no lo hay tampoco negativo y esto facilita la cuestion.

Hay entre los que contribuyen con dinero á que haya procesiones, un grupo numeroso á quien conviene,—por causas que no hemos de decir ahora,—que se haga esa procesion matutina y en ellos es-

triba que no se quede en casa. Si quieren se hará, pero es si dan dinero. Si lo regalean confiando en que, como otros años, el ardor de la *marrajería* los llevara á echar ambas procesiones á la calle, sufriran una decepcion dolorosa, porque en el seno de la Cofradía de *Santo Domingo* no se encuentran en este momento dos onzas de entusiasmo.

Nada exajeramos en lo que decimos; la reunion reglamentaria de la Cofradía de Jesús Nazareno, el viernes pasado, nos dejó una impresion negativa respecto a procesiones y aun no nos hemos explicado como se acordó verificar la del *Entierro* en la celebrada dos dias después, no habiendo allí ni ambiente caldeado, ni propósito preconcebido, ni animación, ni nada de eso que levanta el espíritu y que en determinados momentos nos arrastra por caminos que no deseábamos transitar.

Teniendo en cuenta esta frialdad de los *Marrajos*, que es tanto más rara porque es la excepción, será torpeza confiar en que los cofrades amplien su acuerdo. Ellos no han de tomar la iniciativa respecto á la procesion de la mañana y nosotros debemos participarlo así á los que hacen de esa procesion base de beneficios que no pueden obtener con ninguna otra.

Aparte esto y aparte también las razones más ó menos justas que tienen los *Marrajos* para quedarse en casa durante la madrugada del viernes, es de lamentar que así suceda; la poesia de esa madrugada; la extraordinaria animación de la ciudad durante esas horas en que por lo general todo duerme y solamente esa noche está despierto; el ruido del tambor batiendo *marcha* y el discurrir de músicas y tercios por calles y plazuelas en busca de sus jefes, ponen a esa noche un sello especialísimo que en canta y que se recuerda con placer todos los años.

Nosotros bien quisiéramos que este año no faltara; pero si en la madrugada del viernes no hay animación, ni músicas, ni ruido, ni vela la poblacion en la calle, no será culpa nuestra, sino de los que, más interesados que nosotros en que las cosas ocurran así, no habrán tenido el arraque necesario para que se realicen conforme á sus deseos.

PERCHELERAS

A media noche tus ojos se asomaron al balcón y al verlos cantó el sereno: —Es media noche y hay sol.

Cierras los ojos y miras todo cuanto quieres ver;

¡al que vivo de ilusiones eso le pasa también!

Tuve miedo á darme un tiro y sin querer soy suicida, ¡que de tí no me retiro aunque me quitas la vida!

Vaya un acierto que tiene el ministro de la Guerra, que fusila á los traidores y libres tus ojos deja.

Una oración voy rezando cada vez que pienso verte, pues cuando miran tus ojos siempre hay peligro de muerte!

Las cuerdas de mi guitarra mis sentimientos repiten, si me ven sufriendo, lloran, si me ven gozando, ríen.

Narciso Diaz de Escobar.

CURIOSIDADES



LOS KITCHIS

Entre las varias tribus salvajes que existen en las riberas del Nilo, se halla la de los Kitchis, la cual es, quizá, la menos robusta de las que pueblan aquellos países. Los hombres, aunque de buena estatura, son excesivamente flacos, y los niños parecen esqueletos.

Nuestro dibujo representa dos de estos niños, en el acto de devorar una asquerosa pitanza compuesta de despojos de animales en estado de descomposición.

La tribu á que dichos niños pertenecen posee numerosos rebaños, pero, misterios de su raza, no aprovechan para su alimentación más que los animales que mueren de enfermedad, comiendo también ratones, lagartos, culebras y peces, á cuya caza y pesca se dedican.

HOMBRES DE ACCION

En todas las naciones civilizadas hubo y hay quienes, desprendiéndose de la rutina, de los convencionalismos de su época, de la miopía intelectual de las gentes, que no suelen ver más que lo presente, sin preocuparse para nada del porvenir, hombres sabios que se pasan la vida en el gabinete de estudio desentrañando arduos problemas de sociología, ó en el laboratorio descubriendo una nueva ley química, un nuevo invento, algo que á la larga mejora un tanto la condicion de las generaciones presentes ó venideras.

En la filosofía, en la literatura, en la ciencia, en todos los ramos del humano saber, siempre los espíritus más cultivados, los mejor dotados, sacrificaron sus ambiciones, sus comodidades, su bienestar, en muchos casos la existencia, por aproximar á una felicidad relativa á los demás hombres.

Casi siempre los sabios, los que caminan á la vanguardia de la civilización, los mineros de las perfectibilidades futuras, tardaron mucho tiempo (á veces siglos) en ser comprendidos; en muchos casos fueron burlados de los mismos á quienes pretendían redimir.

Sin embargo, á la larga, muy á la larga, las semillas germinan; otros cerebros capaces de comprender una verdad, un invento ó una ley económica que un sabio descubre, la estudian, nutren de ella su entendimiento, y sin llegar en sabiduría al nivel de los descubridores, esparcen por el mundo la doctrina de los maestros, pelean por ella, la expresan en el libro, en el drama, en la obra pictórica; fundamentan sobre ella los discursos con los que han de enseñar y corregir los defectos ó imperfecciones de sus conciudadanos; la encarnan en la Pedagogía, en la Higiene, en los Códigos y en la Beneficencia pública hasta que, á la postre, la humanidad adelanta un paso en el camino de su perfeccionamiento y bienestar.

Pues bien; estos hombres que viven para la lucha, que necesitan para que su organismo se halle en perfecto estado fisiológico desarrollar grandes actividades que se asixiarían en el gabinete del estudioso, que se consumirían si los sometieran constantemente á la meditación y á la calma, son tan útiles y tan necesarios como los sabios mismos, y sin ellos no podrían los pueblos dar un paso, ni las ideas de los innovadores

RENATA MAUPERIN

174

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 175

RENATA MAUPERIN

175

ces, que hubieran sido hermosos, de no ser muy parados. Su aspecto, caracterizado por un principio de obesidad le daba un aire vulgar.

—Por fin, señoras—dijo Baroussé á Mad. Mauperin.—Permitan Vds. que las presente á mi amigo M. Lemeunier. Conoce perfectamente la colección, y si tienen necesidad de un guía, él lo será inmejorable... Yo, con permiso de Vds., voy á pujar algo en la sala tercera.

Dieron una vuelta á la sala. M. Lemeunier condujo á las dos señoras ante los lienzos firmados por los nombres más ilustres, explicó sencillamente los asuntos de los mismos, sin alardes de conocimientos pictóricos, discreción que le agradeció Renata en su interior. Terminada la visita, Mad. Mauperin soltó el brazo de M. Lemeunier, le dió las gracias y se saludaron.

Renata quiso ver una de las salas inmediatas; y lo primero que distinguió al entrar fue la espalda de M. Baroussé, una espalda de aficionado en plena emoción de venta. Hallábase sentado en la silla más próxima al comisionado, junto á una tendera de gorro, á la que daba con el codo y las rodillas, indicándole febrilmente las pujas que había de hacer, creyendo omltarse así al perito, al pregonero y á la sala entera.

—Vamos, ven, que ya has visto bastante—dijo pasado un momento Mad. Mauperin.—Hoy es también el día que recibes tu hermana, y como no es tarde, y este año no hemos puesto los pies en su casa, le daremos una sorpresa agradable.

La hija mayor de Mad. Mauperin, madame Davarande, era por excelencia una mujer de mundo. El mundo llenaba su vida y su cabeza; de niña soñaba con él; desde su primera comunión aspiraba á entrar en el mismo; contrajo matrimonio muy joven con el primer hombre elegante que le fue presentado, sin vacilaciones ni dudas; se casó, no con M. Davarande, sino con una posición, porque el matrimonio para ella eran el carruaje, los diamantes, la librea, las invitaciones, los conocimientos, el paseo por el Bosque; y como tuvo todo eso, pasó muy bien sin hijos, amó sus trajes y fue dichosa, porque sólo creyó que pudiera existir la dicha en disponer de tres bailes en una noche, poner cuarenta tarjetas antes de comer, repartir los días de la semana y conservar uno.

Mad. Davarande, que todo lo consagraba al mundo, le había tomado ideas, juleos, fórmulas de caridad y de sensibilidad. Opinaba con arreglo á las opiniones de las mujeres que se peinaban en casa de Laura, pensaba lo que estaba de moda pensar, como

parecen á esas Amazonas y bailarinas de la cuerda, cuyo temperamento se pierde en la fatiga de los ejercicios.

Mad. Mauperin y su hija encontraron á Mad. Davarande en el comedor, despidiendo con grande amabilidad á un caballero calvo y de anteojos azules.

—Perdo adme—dijo al volver, abrazando á su madre y hermana—es M. Lordonnot, el arquitecto del Sagrado Corazón... Le cuido mucho por mis cuestiones... pues la última vez me hizo regañar 1.200 francos... ¡Ya es cantidad! Mad. de Berthival nunca ha pasado de los ochocientos... Pero me alegro mucho de que hayáis venido... Hoy no tengo á nadie: Mad. de Thesigny, Mad. de Champromard y Mad. de Saint-Sauveur... ¡ah! y dos muchachas de Loursac, á quien creo, mamá, que conoces, y su amigo de M. Isoceilles. Espera—dijo á Renata, bajándole un mechón de cabellos—te peinas demasiado á lo perro... Y abriendo las puertas del salón, dijo en voz alta: Mi mamá y mi hermana, señoras...

Se levantaron las unas, saludáronse todas, volvírense á sentar y se miraron. Las tres amigas de Mad. Davarande, hundidas en sus poltronas, con las posturas muellas que prestan ciertos muebles, aparecían muy pequeñas, medio envueltas en la ampl-